



JUAN JOSÉ ALVAREZ

Joyerero de Madrid

MUY CONOCIDO EN ESTA CAPITAL, pone en conocimiento de sus clientes que sólo estará en ésta cuatro días, teniendo para la venta toda clase de joyas finas á precios muy económicos. Relojes oro ley, para caballero, desde 75 pesetas; para señora, desde 40 pesetas; cadenas, pulseras, medallas oro ley lisas, al peso.

Avisos: FONDA ESPAÑA; se pasa á domicilio.

Compra y cambio de toda clase de alhajas

Pago todo su valor por esmeraldas, perlas y brillantes.

MENÉNDEZ PELAYO

"INTRANSIGENTE"

No se resignan los liberales á quedarse sin un reflejo siquiera de esa gran gloria que ellos llaman «nacional», porque no se atreven á llamarla suya, liberal, del liberalismo, personificada en el varón ilustre que tan meritísimamente supo multiplicar los talentos, de Dios recibidos, en servicio de Dios, de la Iglesia de Dios, de la fe católica, de la ciencia católica y de la patria católica, la España tradicional.

No es Menéndez Pelayo—ha dicho *La Epoca*—una gloria de una determinada escuela filosófica y política, sino una verdadera gloria nacional, porque en labor asombrosa... constituye un monumento levantado á la genial, á la castiza ciencia española.

De no tomarse la palabra *nación* en el sentido de unidad puramente material de territorio ó estado y no en el más alto y verdadero de «unidad moral», esto es, «una misma esencial concordie y fundamental manera de entender y querer debidamente el fin ó bien común de la «sociedad nacional», no es cierto lo que dice *La Epoca*, y si lo es, que no de todos, sino de sólo una parte es esa gloria, porque ni hubo ni puede haber unidad de creencias, de propósitos, concordia ni armonía entre los principios que sustentó en toda su ingente y portentosa labor Menéndez Pelayo y los heterodoxos y liberales, como no hay relación, no hay nada común entre «la genial y castiza ciencia española, que es íntegramente católica, y la escuela del racionalismo y del modernismo, de donde suelen salir, como dice el mismo Menéndez Pelayo, «los aventureros políticos y económicos...»

Y si no, ¿se atrevería *La Epoca* ni ninguno otro que se diga y sea «liberal» á brindar con Menéndez Pelayo (centenario de Calderón, 31 de Mayo 1881) por la unidad católica, por la Inquisición, por las franquicias y libertades municipales, por el gobierno tradicional de la España de Carlos I y de Felipe II?

No es propiamente gloria nacional Menéndez Pelayo, sino gloria de lo que resta de España católica, de los españoles que hoy continúan fieles á la tradición española, á la fe que profesaron nuestros padres, y es el *substratum*, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra política, de nuestra filosofía y de nuestro arte.

Otro periódico republicano, el decano de los de su clase, no atreviéndose á negar su catolicismo, su tradicionalismo notorio á Menéndez Pelayo, dice que «los años le hicieron muy tolerante en el trato, no sólo de vivos, sino de ingenios que fueron como el abate Marchena, el ateo español, el revolucionario universal, que hoy decimos, cuya novelesca vida y clásicas obras estudió con imparcialidad».

Pero se calla que juzgó con la severidad merecida.

¿Mas qué se busca con todo esto? ¿Se quiere, para engalanarse con la fama del sabio cristiano, poner en contradicción su fe y sus obras, utilizando el equivoco de tolerancia, que puede ser lícita con las personas, pero no con las doctrinas erróneas ó heréticas?

Bien está en el trato ser corteses y afables, caritativos con las personas, sin menoscabo en la fe ni lesión de la justicia ni disimulación ni humillación de la verdad, nunca ni en ningún caso. Pero «hacer tránsito» de esta tolerancia personal á la tolerancia real, ó sea en el orden de los principios, de las doctrinas, no vale; ni es cierto en Menéndez Pelayo que fué católico, íntegramente católico, y por lo mismo intransigente, intolerante.

¿Pruebas?

«La llamada tolerancia, dice el mismo Menéndez Pelayo (*Hist. de los Het.*, tom. II, epílogo, párr. III) es virtud fácil; digámoslo más claro: es enfermedad de épocas de escepticismo ó de fe nula. El que nada cree ni espera en nada, ni se afana ni acoge por la salvación ó la perdición de las almas, fácilmente puede ser tolerante. Pero tal mansedumbre de carácter no depende sino de una debilidad ó enanismo de entendimiento. ¿Cuándo fué tolerante quien abrazó con firmeza y amor y convirtió en ideal de su vida, como ahora se dice, un sistema religioso, político, filosófico y hasta literario? Dicen que la tolerancia es virtud de ahora; respondan de lo contrario los horrores que crean siempre á la revolución moderna...»

No; no fué tolerante (en lo que de seccarismo significa esta palabra) Menéndez Pelayo: fué intolerante, fué intransigente en el sentido católico, tal y como por la gracia de Dios lo somos nosotros, y así lo declaró en ocasión solemne y á la faz del mundo (*brindis* antes citado) con estas valerosas y españolísimas palabras, que ya hemos publicado y queremos reproducir aquí una vez más:

«En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos ó ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullemos y vanagloriamos nosotros los que sentimos y pensamos como él, los únicos que con razón, y justicia, y derecho podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia, del poeta de todas las intenciones é intencionalidades católicas; del poeta teólogo; del poeta inquisitorial, á quien nosotros aplaudimos, y festejamos, y bendecimos, y á quien de ninguna suerte pueden contar por suyos los partidos más ó menos liberales que en nombre de la unidad centralista, á la bre de la unidad centralista, á la francesa, han ahogado y destruido la antigua libertad municipal y foral de la península.»

Esta intolerancia es santa y salvadora intolerancia católica, fundada en la verdad. Esta intolerancia doctrinal es, como ha dicho nuestro gran Donoso, «la que ha puesto fuera de cuestión la verdad política, la

verdad doméstica, la verdad social, la verdad religiosa; verdades primitivas y santas que no están sujetas á discusión porque son el fundamento de todas las disonancias; verdades que no pueden ponerse en duda ni momento, sin que en ese momento mismo el entendimiento oscile, perdido entre la verdad y el error, y se oscurezca y enturbie el clarísimo espejo de la razón humana.»

Grande, muy grande es la gloria de Menéndez Pelayo; pero el liberalismo ha de confesar que no es suya, que es en contra suya; que es nuestra, que es católica, que es de la España tradicional.

Y es que el liberalismo, á pesar de sus internas contradicciones; es fundamentalmente democrático al modo rousseauique, esto es, individualista, atomístico. Y la democracia—como dice Scherer—«tendrá otras ventajas (la liberal, ninguna); pero está condenada á la estrechez del saber á medias... No se forman hombres distinguidos en una sociedad mediocre... Y aunque se produjeran, no sentirían ninguna inclinación á mezclarse en las agitaciones democráticas... vivirían aislados...»

Y así vivió Menéndez Pelayo! Porque no fué nunca liberal, ni, por tanto, puede ser gloria del liberalismo.

Paladinamente lo ha confesado el *Heraldo de Madrid*, y con tan juiciosas palabras, que parecen un atisbo de lo verdadero y un principio de recordamiento salvador.

Dice así:

«Este español que se nos ha ido, que deja en el haber de la literatura patria libros de polémica y de crítica tan sustanciales como la Ciencia española, y las historias de los heterodoxos y de las ideas estéticas, era un enamorado de la España de ayer. Digamos en su honor que acaso la amaba tanto por lo bien que la conocía, y no perdamos el escrúpulo de sospechar que tal vez la abominemos nosotros porque no hemos sabido conocerla...»

¡Notable confesión! Pero no quedaría en solo esto, si con buena voluntad se busca la certidumbre en la historia, cosa sagrada, que dice Cervantes, porque ha de ser verdad, y donde está la verdad está Dios... ¡Qué grande y poderosa España católica, intolerante, intransigente! ¿No es argumentó este argumento de la Historia?

ESE
(MANUEL S. ASENSIO.)

AL VUELO

Ni los conservadores ni su órgano *La Epoca* protestaron contra lo dicho por el jilguero astur, el eloquent D. Melquiades, de ser menor la reacción y mayor el liberalismo en Maúra que en Canalejas.

Pasa bien, no sólo no protestan, sino que *La Epoca* ha dicho como sabían nuestros lectores que eso es verdad y que D. Melquiades tiene razón para decir lo dicho.

Y, por tanto, que la tenemos también nosotros, que hace muchos años, más de treinta, hemos dicho lo mismo de Cánovas, de Silvela, de Villaverde, de Maúra.

¿Se enterará *El Universo*?
¿Y *El Debate*?

Y conste que ningún conservador, ni uno solo de los «católicos» pagados al partido conservador protestan contra eso que dijo *La Epoca*.

¡Conste!

DE TODAS PARTES

El cinematógrafo y la higiene

La Sociedad protectora de la Infancia ha dado una conferencia en Nueva York, á la que fueron invitadas todas las mujeres que estuvieran criando, en especial á aquellas que criaban á sus hijos con biberón.

Entre otras películas, llamó la atención y causó tremenda impresión entre las madres, una en la que se veía un biberón descuidado, y que, por falta de aseo, era un verdadero foco de infección.

Allí se veían «aumentados» considerablemente «enjambres» de moscas, mosquitos y otros asquerosos insectos precipitarse sobre el pezón de caucho, y dejar en él «sus excrementos», sus larvas y mil inmundicias, que después iban á parar á la boca de la infeliz criatura.

Una de las moscas apareció á la vista de las madres, y en su colosal magnitud, pudo verse el repugnante insecto lleno de parásitos, porquerías y gérmenes de varias enfermedades peligrosísimas.

La película causó verdadero horror, y lo que médicos é higienistas no habían conseguido en años de sabios consejos, se consiguió en unos minutos, gracias á la proyección cinematográfica.

Las mujeres salieron horrorizadas de la sesión.

La lección había dado el fruto apetecido.

Con seguridad que ni una de las madres que vieron la película, dejará una sola vez de lavar y desinfectar debidamente los biberones de sus hijos.

En ellos les va la vida, y de ello se convencieron viéndolos por sus propios ojos.

SELECTA

Venid y vamos todos

Con indecible fragancia
Crea risueña una flor
Sobre el intenso verdor
De los campos de la infancia.

Flores benditas que resume
Lo mejor que hay en las flores
La riqueza en los colores
La pureza en el perfume:

Flores tan bella y seductora
Que á su vista, las más bellas
Se eclipsan, cual las estrellas
Cuando aparece la aurora:

Flores, en fin, cuya excelencia
Más angélica que de hombre,
Se conoce con el nombre
De la flor de la inocencia.

Dichosos los que esta mes,
Con envidiable porfia,
Virgen Sagrada María
Van á ofrecerla á tus pies:

Ojalá que á competencia
Con ellos, me presentara
Sin el rubor en la cara
Sin sombras en la conciencia.

Ojalá que en mi poder,
Estuviera conseguir
Que lo que ayer vi morir
Vuelva de nuevo á nacer.

¡Pero en vano me lamento!
Hacha afícos la redoma
¿Cómo encerrar el aroma
Dispersado por el viento?

Justo es, pues, mi rostro encianda
Con sus llamas el rubor,
Y en vez de la blanca flor,
Será la roja mi ofrenda.

Entre las candidas hojas
De jazmines y azahares,
Brillen, Madre, en tus altares
Mis pobres camelias rojas:

Brillen cual iguero arrebol
Cuando al despedirse el día
Llega cual nube sombría
La postura lumbre del sol.

Y unidas en un altar
Pregonen tu clemencia,
La ofrenda de la inocencia
Y la ofrenda del pesar.

Venid todos y ofrezcamos
A porfia hojas y flores,
La variedad de colores
Hace más ballos los ramos.

RAMÓN M. VINUESA, S. J.

MENÉNDEZ PELAYO

«REVISTA DE EXTREMADURA»

Ayer estuve en la capital, con motivo del duelo de toda España.

Me dirigí á la Catedral á rezar por el difunto y luego marché tras el cadáver del gran Menéndez y Pelayo.

Tres días antes, había yo finalizado la lectura de los nuevos y notables «Prolegómenos» que llenan el primer volumen de su *Historia de los Heterodoxos Españoles* y tuve impulso de escribir al punto unas líneas para el *Diario*, que reflexaran mi contento; mas, no sé cómo, quedó frustrado el propósito, y desvanecida mi alegría cuando cayó brusca la noticia de su muerte.

Que estaba grave ya se lo había yo oído á los amigos su infancia, á íntimos suyos, pero ¿cómo pensar que no pudiera terminar siquiera las adiciones y emiendas á los *Heterodoxos*?

¡Qué tristeza, perder España, al mundo entero, el tesoro de ideas brillantes en aquel privilegiado cerebro, nunca harto de aprender ni de transmitir!

Mas calle yo ante el coloso. Lenguas y plumas tratarán de él, aunque presentarlo en toda su grandeza sólo le será dado á otro que le iguale y que los siglos traigan.

Algo así decía ayer el canónigo Sr. Camporredondo en la oración fúnebre que pronunció, terminada la misa, en la Catedral. Fué una brillantísima improvisación. El *Diario Montañés* trae de ella hoy un extracto muy pálido y lamentablemente truncado. Sería una lástima que no se publicara íntegra.

No me propongo, al escribir estos renglones, sino consignar brevemente cómo el diligente polígrafo ha tejido en cuenta muchos trabajos de meritísimos extremeños, al ofrecernos en sus «Prolegómenos» el estado actual de la Prehistoria española, con lo que se ha indagado, é importaba para su objeto, acerca de los íberos, fenicios, griegos y romanos en nuestro suelo.

Son tantas las indicaciones que hace referentes á Extremadura, que no puede excusarse de leer este volumen el aficionado ó arqueólogo que quiera saber algo y orientarse sobre el remoto pasado de ésta.

Y nos place hacer notar que de la Prehistoria extremeña encuentra, en general, informaciones poco satisfactorias en los escritores que precedieron á estos años próximos en que venía publicándose la *Revista de Extremadura*; pues de D. Francisco M. Tabino, dice, por ejemplo, «que en una extensa Memoria llena de genialidades y teorías prematuras (1876) emprendió tratar juntamente de las antigüedades primitivas de Andalucía, Extremadura y Portugal, pero todos los informes que nos da respecto de la segunda de estas regiones, es que en ella son muy numerosos los dólmenes y que los campesinos los conocen con el nombre de guritas» (1) (pág. 111); y á Via (que algo tocó de la prehistoria, en su conocida obra) lo conceptúa «hombre de menguada orífica» (página 112-nota) alabando las *Notas* de su adionador el humanista D. Felipe León Guerra, de cuya traducción de *La Eneida* trató D. Marcoflino liasojeramente en su *Bibliografía hispano-latina clásica*, si mal no recordo; y en su *Aparato* habló de trilitas y menhires en las Argaijuelas (2)

(1) Los monumentos megalíticos de... (En el Museo Español de Antigüedades, t. VII, págs. 331-332).

(2) Tom. I, págs. 451-452.

